

## Conciencia y práctica en la filosofía latinoamericana

*Laura Mues de Schrenk*  
México

El tema que quisiera discutir es, como el título lo insinúa, inagotable. Pero en este trabajo me limitaré a exponer solamente algunos puntos del problema en cuestión.

I. Examinaré el concepto Filosofía de Aristóteles, pero no con el instrumental del grecista, sino con el de nuestra lengua española. Luego lo compararé al sentido que se le dio en la Edad Media. (Es importante hacerlo puesto que precisamente es este el sentido que llegó a América a través de los frailes.)

II. Explicaré el sentido que Filosofía tiene en las obras de dos de nuestros pensadores. Pero no citaré las definiciones de este concepto que ellos mismos dan en su obra de manera expresa. Más bien trataré de aclarar el sentido del término que de hecho está implícito en sus obras más leídas.

III. El examen nos mostrará que, sin proponérselo, nuestros pensadores acuñan un nuevo sentido al término en discusión.

Según Aristóteles, Filosofía es aquel interés del hombre por lograr sabiduría: la primera y última sabiduría acerca de todas las cosas. Esta sabiduría, o mejor dicho: este saber, no es un saber *hacer* algo determinado, no es el saber práctico o pragmático que tienen los artesanos, artistas, médicos e ingenieros. El saber práctico está siempre subordinado, como saber, a fines para la realización de los cuales se aplica. Así, el saber del sandalero se refiere a saber lo que es necesario para producir, mediante su acción y su trabajo, un par de sandalias.

El saber práctico es entonces relativo a la finalidad por realizar. Pero este saber requiere, además, un conocimiento de los materiales que es necesario utilizar, así como un conocimiento o una representación del objeto que se va a producir. El sandalero mismo, quien producirá las sandalias, necesita, para lograr su finalidad, tener los tres tipos de saber antes mencionados. Así, el saber práctico es siempre un saber subordinado a los fines propuestos.

En cambio, el saber a que anhela la Filosofía, no es, según Aristóteles, un saber práctico, sino *teórico*. Su anhelo es conocer la primera y la última causa y razón de ser del universo, de todo lo existente. El saber de la Filosofía se logra, no mediante la observación de este o de aquel fenómeno particular, de este o de aquel ente. Tal observación puede llevar sólo a un saber particular de ciertos fenómenos o entes. La Filosofía, en cambio, anhela lograr un saber universal, o sea, conocer aquel principio único que existe en sí mismo y que regula y contiene todos los fenómenos particulares. O sea que la Filosofía busca aprehender un principio general único en el cual estén incluidos todos los entes particulares y por el cual éstos puedan ser explicados. Tal saber se logra no ya mediante la observación de hechos particulares, sino a través de la abstracción del saber de hechos y entes particulares. Así, el saber de la Filosofía se basa meramente en la reflexión.

Pero al contrario del saber práctico, que es un saber subordinado a los fines por realizar, el saber de la Filosofía es libre: ella anhela saber por el saber mismo, sin tener interés en fines ulteriores a ella misma. Siendo libre de propósitos ajenos a ella, la Filosofía es un fin en sí misma.

Como hemos aprendido escolarmente, el contenido del saber filosófico de Aristóteles es que existe un Eidos, que ha sido traducido por causa primera, primer motor, forma pura, acto puro. Este Eidos está presente, aunque no es material, en el cambio y el devenir del universo, sin que él mismo cambie y devenga.

La Escolástica, bajo la bandera del cristianismo, y principalmente Tomás de Aquino, reinterpretó el concepto de Filosofía, tanto en cuanto a su contenido

como a su propósito. La Filosofía fue entendida entonces, no ya como el único saber libre y fin en sí mismo, sino como el instrumento para demostrar, mediante el razonamiento aristotélico, la existencia de Dios. El saber que había sido un fin en sí mismo, se convirtió en instrumento, en el medio necesario para lograr una finalidad. Con ello se lo subordinó a la pre-supuesta existencia de Dios. La Filosofía fue entonces usada como la sierva de la teología. Y su nombre oficial, para distinguirla de la Física y de la Cosmología, fue el de Metafísica, puesto que según la teología, Dios es una esencia que existe más allá del universo físico.

En los tres siglos de la Colonia, la Filosofía que se enseñó en las Universidades de Latinoamérica fue, hasta principios del siglo XIX, la Filosofía Escolástica. Tanto los dominicos como los jesuitas siguieron interpretando la Filosofía como el instrumento intelectual mediante el cual se puede demostrar lo que antes había revelado la fe. Y la Metafísica fue la ciencia que se debía conocer como condición *sine qua non* de todo otro saber, ya fuera la Física, la Cosmología o la Jurisprudencia. La influencia que hasta nuestros días esta comprensión de Filosofía tuvo, es fácilmente demostrable.

Todavía Samuel Ramos en su *Historia de la Filosofía en México* (1943), opera con el mismo sentido escolástico de este concepto cuando se pregunta si “¿hubo Filosofía entre los antiguos mexicanos?” y “¿...existe una metafísica entre los antiguos mexicanos?” (p. 5). Y Ramos responde a esta pregunta afirmativamente: “Los aztecas eran monistas, creían en la existencia de una causa única de la cual todas las demás cosas eran sus manifestaciones. Este principio monoteísta se expresa a través de un mito solar...” (p. 14).

Sin embargo y a pesar de usar el concepto de Filosofía en el sentido aristotélico-tomista de Metafísica para interpretar la religión precolombina, la actividad filosófica de Ramos mismo *no* es de manera alguna parecida, ni por su método, ni por su contenido, al concepto escolástico tradicional. A pesar de ello, el pensamiento de Ramos es considerado por él mismo, por sus discípulos y por muchos de sus lectores, como Filosofía.

La intención de su obra principal, *El perfil del hombre y la Cultura en México* (1951), es la de hacer “una seria investigación sobre la «cultura mexicana»”. Ramos se propone encontrar, mediante la reflexión, un principio único a través del cual le sea posible explicar nuestra realidad cultural y, en primer lugar, a los mexicanos que la originan. En esa obra, Ramos desea esclarecer “el modo de ser del hombre mexicano”. Este modo de ser nuestro, Ramos lo refiere a una “específica mentalidad”, sin que dicho término sea explicado o definido. Pero es esta mentalidad específica la que determina el contenido de su Filosofía. Es cierto que todos los humanos somos seres dotados de un alma, de razón, de ambiciones y anhelos. Pero además, el ser humano es resultado del desarrollo de su historia y su circunstancia particular. Sin embargo, la circunstancia lo es sólo en relación a las posibilidades que somos capaces de realizar.

Explica Ramos que el elemento específico de nuestra mentalidad es el “sentimiento de inferioridad” de que padece nuestra alma. La agresividad nuestra, la desconfianza en nosotros mismos y en los otros, la inseguridad ante nuestro propio valor, la falta de sentido para captar nuestra realidad objetiva y la falsa apreciación que de nosotros tenemos, nos conducen a ignorar y a negar lo que realmente somos y lo que intrínsecamente valemos. Como compensación, adoptamos e imitamos formas culturales extranjeras que no son capaces de comprender nuestra realidad ni son adecuadas para resolver nuestros problemas, ya sean culturales, políticos o psicológicos. Es por eso necesario analizar nuestra mentalidad y hacer consciente el sentimiento de inferioridad que nos agobia. Es necesario conocer y hacer conscientes sus causas y sus orígenes. Sólo entonces seremos capaces de tener un conocimiento y una apreciación auténtica de nuestra realidad objetiva; y sólo por el conocimiento objetivo de nuestra realidad, podremos actualizar los proyectos de ser que anhelamos. Sólo entonces aprenderemos a renunciar a hacer y a ser lo que no está a nuestro alcance. Así, el análisis de nuestro modo de ser nos dará el conocimiento real de todo nuestro ser, haciendo posible que el sentimiento de inferioridad se diluya. Sólo entonces habrán desaparecido los vicios de nuestra mentalidad y nos habremos convertido en seres humanos sanos, vigorosos y auténticos, con confianza en nuestra propia capacidad y orgullosos de nuestros propios valores.

Está ahora claro que el saber acerca de nosotros mismos es la tarea de la Filosofía de Ramos. Pero es un saber que está subordinado a una finalidad ulterior, no es el saber por sí mismo. Su finalidad es la salvación de México. "Creo en la salvación de México porque nuestra raza no carece ni de inteligencia ni de vitalidad; lo único que le falta es aprender. ...Hasta ahora, los mexicanos sólo han sabido morir; pero ya es necesario adquirir la sabiduría de la vida." (p. 16). Como se ve, el análisis de Ramos tiene por finalidad cambiar la mentalidad del mexicano, para que, mediante ese cambio, su conducta y su acción puedan construir un México mejor.

Pero al interpretar la Filosofía como un medio para cambiar nuestra mentalidad, Ramos convierte la actividad filosófica en un saber práctico; no es más una actividad libre, sino que sirve a fines ajenos a ella misma.

Al cambiar el sentido de la tarea de la filosofía, también tenía que cambiar el método. Para poder analizar una mentalidad no bastan ya los métodos de la lógica tradicional. Por ello Ramos echa mano del método introspectivo del psicoanálisis que establecieron Freud y Adler, método hasta entonces no aplicado a las investigaciones filosóficas.

Y un elemento más: para poder explicar su teoría acerca de la mentalidad del mexicano, Ramos se vale de otra teoría: la teoría de la personalidad de Adler. Con ello, Ramos establece una teoría mediante otra teoría, sin examinar los supuestos de la segunda. Aunque no haya practicado la Filosofía de la manera como lo hubiera querido Aristóteles, Ramos dio a la tarea filosófica un sentido que no había tenido entre sus maestros latinoamericanos. Por ello su obra, original e inspiradora, contribuyó a que el desarrollo de la Filosofía en México tomara un giro interesantísimo, principalmente con la obra de Leopoldo Zea. Debido a la interpretación de Ramos, en México se dejó atrás finalmente, después de 4 siglos, el opio metafísico.

Con el pensamiento de Zea, el sentido de Filosofía sufre una modificación, tanto en lo que hace al contenido como en cuanto al método. El contenido de

su quehacer filosófico es la búsqueda de tres elementos que están íntimamente relacionados entre sí: a) la historia de las ideas en Latinoamérica; b) el sentido que estas ideas han tenido para el hombre americano mismo que las ha expresado; y, c) el sentido de la totalidad del acontecer histórico en Latinoamérica, sentido que no siempre es consciente a nuestros pensadores. En sus investigaciones, Zea se hace guiar por el elemento subjetivo de aquellos que modificaron la historia, ya sea por sus medidas políticas o mediante sus pensamientos. En otras palabras: Zea se hace guiar por la Conciencia que de sí y de su mundo tienen los sujetos históricos. De esta manera Zea permite que los pensadores latinoamericanos hablen por sí mismos, que hablen de sí, de sus intenciones y aspiraciones, y de la estructura del mundo histórico tal y como ellos la ven. Al interpretar el sentido de toda la historia de la Filosofía latinoamericana, Zea encuentra en ella el anhelo nuestro por lograr una liberación total y definitiva de todos los tipos de dominio extranjero, ya sea éste político, económico o cultural.

Llevado por sus investigaciones, Zea descubre que la cuestión central alrededor de la que ha girado la Filosofía latinoamericana es la pregunta acerca de nuestro ser. Rodó y Simón Bolívar, Antonio Caso, Vasconcelos, Ramos y muchos otros, se han planteado la cuestión acerca del hombre y la cultura latinoamericanos. Dicha cuestión, explica Zea, es la pregunta básica que se ha planteado todo pensador que toma conciencia de sí mismo ante una realidad o circunstancia determinada. Ya en su obra *América como Conciencia* (1953), Zea había explicado e interpretado nuestra historia como un proceso de concientización, proceso que también describe Hegel en su Fenomenología. Este proceso implica, según Zea, tres elementos que lo constituyen:

- a) Quien toma conciencia de sí es siempre un hombre avasallado por otro, ya sea este vasallaje político o cultural. Pero quien despierta a la conciencia, se percata de que su ser es distinto al ser de los demás. En esa toma de conciencia se comprende a sí mismo como lo otro: o dicho de otra manera, quien toma conciencia se percata de que el otro, lo no idéntico, es eso mismo, lo ajeno. Al reconocerse como

algo distinto, quien toma conciencia niega lo otro; y lo hace porque se reconoce como algo independiente del otro. En Latinoamérica esto ha significado que en un momento histórico determinado, el hombre latinoamericano no se identifica más con los juicios que el hombre europeo se ha hecho acerca de él, como tampoco se identifica ya con la cultura que, el hombre europeo le ha impuesto. Así, el hombre latinoamericano reconoce que no es bárbaro, ni salvaje, ni incapaz, ni inferior como había determinado el europeo.

- b) Al tomar conciencia, el hombre es referido hacia su propio ser y se comprende a sí mismo para sí. Pero ahora su propio ser es puesto en cuestión, no por otro sino por sí mismo. Al haber tomado conciencia, ha negado lo otro por no ser idéntico con el primero, pero al hacerlo, no acaba de comprender en qué consiste ese su ser. En el caso de Latinoamérica los pensadores se encuentran ante la cuestión de lo que son ellos mismos, su cultura y el valor que éstos tienen intrínsecamente.
- c) Siendo la toma de conciencia una reflexión hacia y acerca del propio ser, quien así despierta a la conciencia de sí mismo, se ve obligado a definirse a sí mismo, independientemente de los otros. Al hacerlo, el hombre se define, no ya valiéndose de los juicios, tablas de valores y patrones con que había sido juzgado por los otros, sino que se ve en la necesidad de hacerlo mediante su actividad propia, actividad que nace de su propia conciencia.

Esta dialéctica de la conciencia es el hilo conductor que sirve a Zea para interpretar la historia del pensamiento latinoamericano. Zea explica y demuestra contundentemente, que desde principios del siglo XIX, en los pensadores latinoamericanos se ha iniciado dicho proceso dialéctico. Una vez que nuestros países habían logrado la independencia política de la metrópoli ibérica, se percataron de que a ella debía seguirle una independencia cultural. Con ello, los

pensadores latinoamericanos se vieron obligados a negar la cultura colonial, que siendo ajena a la propia, había creado una dependencia mental que inhibía el desarrollo de una cultura propia.

Pero al negar la cultura europea, y con ella su Filosofía, nos encontramos desorientados, amenazados por la posibilidad de que quizás no exista ni una cultura propia, ni una filosofía auténticamente latinoamericana.

Ante esta evidencia, la actividad filosófica nos llevó, desde fines de 1940, a reflexionar sobre nuestro propio ser. Inspirados por el pensamiento de Zea, nuestros jóvenes filósofos escribieron sobre *La ontología del mexicano*, *Una fenomenología del relaxo*, *El amor y la amistad en el mexicano*, etcétera. En otras palabras, los jóvenes pensadores mexicanos trataron de definir nuestro propio ser, no ya mediante categorías y valores europeos, sino con los propios. Sin embargo, de estas reflexiones filosóficas nunca apareció una filosofía sistemática que explicara a través de un principio universal y único la totalidad del universo. Y Zea, en sus obras de juventud, todavía explica que el hombre latinoamericano no ha logrado la emancipación mental necesaria, que es condición para producir una filosofía autóctona y auténticamente nuestra. Y es un hecho: la Filosofía de que carecemos es precisamente aquella que había expuesto Aristóteles.

Sin embargo, el pensamiento de Zea no se ha ocupado en filosofar un solo instante a la manera aristotélica. Su pensar filosófico ha sido más bien el reflexionar y el tematizar acerca de la manera como el proceso dialéctico de nuestro pensamiento ha llevado a la cultura latinoamericana a cobrar conciencia de sí misma. Así, la Filosofía de Zea ha consistido en explicar los procesos mediante los cuales la Filosofía latinoamericana ha intentado lograr la emancipación mental. Y Zea es consciente de que su interpretación de Filosofía es genuinamente suya, y por eso es genuinamente latinoamericana. No es casualidad que uno de sus últimos libros se titule *La Filosofía americana como filosofía sin más* (1969).

Y aunque el concepto de Filosofía que acuña Zea no se parezca al aristotélico, no por eso deja de ser teoría: es una teoría acerca del desarrollo de



la conciencia de la cultura latinoamericana. Sin embargo, de manera semejante al concepto de Ramos, filosofía no tiene en Zea el sentido de ser teoría pura, libre de una finalidad ulterior a ella misma. Pues para Zea, la filosofía ha sido el instrumento de que se ha valido el pensador latinoamericano para emanciparse mentalmente de cualquier tipo de dominio cultural extranjero. Así también Zea ejerce la Filosofía como un saber práctico: es el instrumento necesario para llegar a nuestra liberación.

El pensamiento de Zea ha tenido una influencia decisiva en el quehacer intelectual de nuestros países. Decíamos que según su análisis, quien toma conciencia se ve precisado a definir su propio ser; en Latinoamérica, nuestro propio ser, tal y como se nos da a nosotros mismos. Los medios con que nos hemos propuesto comprendernos, reconocernos y definirnos, son varios.

Están allí los sociólogos, quienes investigan nuestra realidad social, no ya desde la torre de marfil de la fenomenología, sino mediante métodos serios de investigación científica. Sus conclusiones se basan en datos estadísticos, datos tomados de nuestra realidad misma. Sus estudios han revelado algo que apenas adivinábamos: 57% de nuestros habitantes están subnutridos y por eso no son capaces de trabajar, cuando sobreviven; alrededor del 63% de nuestros niños no terminan la escuela primaria, siendo incapaces más tarde de contribuir al desarrollo del país. En otras palabras, nuestra cultura es la cultura de la pobreza, en que la mayoría de sus habitantes no pueden siquiera satisfacer las necesidades más elementales.

Además están allí los filósofos y politólogos marxistas, quienes saben que tomar conciencia en nuestros países significa percatarse de la propia miseria, la explotación y la opresión de que son víctimas. Definirse a sí mismo significa para estos pensadores la negación de las condiciones materiales en que vive el miserable y la lucha por alcanzar de hecho la igualdad a que tienen derecho.

Y están también los filósofos que han dado a su actividad un nuevo sentido práctico: filosofía como estudio de los métodos científicos, que es necesario

conocer para poder dominar la tecnología contemporánea; filosofía como análisis lingüístico, que es necesario ejercer para poder liberarnos de todo opio metafísico; filosofía como desenmascaramiento de toda ideología, tarea que hará posible demostrar lo que los nuevos imperios pretenden al calificar a sus vasallos de incivilizados, etcétera.

Lo mismo que Zea, los filósofos que le siguen, aunque no compartan el contenido de su filosofía, interpretan el quehacer filosófico, no como un saber por el saber mismo, sino como un saber práctico. También para ellos la filosofía es un instrumento para fines ulteriores a ella misma. La Filosofía latinoamericana ha dejado de ser definitivamente la sierva de la teología. Quizás sea ahora la sierva de nuestra sobrevivencia económico-política, y en última instancia, la sierva de nuestra emancipación y liberación definitiva.